

La muerte de un extraño

Por Mauro Cabral y Ariel Rojman

I

David Reimer murió el 4 de mayo del 2004, en Winnipeg –ahí donde todo había comenzado. Para las revistas y los diarios, los programas de radio y los de la televisión; para la gente que pasa caminando por nuestras calles de nuestras ciudades; para la que camina las calles de otras ciudades y en otros idiomas; para quienes piensan y escriben, también para quienes hablan en los bares y en las aulas; para quienes son activistas de casi todos los fines, para sus utopías, sus Libros, sus marchas y sus revoluciones; para el pulso silente de lo que vive y de lo que muere, para aquellos y aquellas que existen, ahora mismo, y ahora mismo existen perfectamente sin nosotr*s, qué duda cabe, la muerte de David Reimer en Winnipeg es la muerte de un extraño.

Había nacido 38 años antes del día en que sintió que era tiempo de morir. Había nacido en los ahora lejanos sesentas, y sido llamado legalmente Bruce Reimer. Tenía, además, a Brian, su hermano gemelo. Ambos fueron sometidos poco tiempo después de nacer a una circuncisión que, en el caso de David (en aquel entonces Bruce) tuvo consecuencias nefastas. Quemado accidentalmente por el bisturí eléctrico utilizado para la circuncisión, su pene se desprendió. Con desesperación, Ron y Janet Reimer, padre y madre de Bruce, buscaron atención médica para su hijo. La ayuda finalmente llegó, en la solución propuesta por el equipo que el psiquiatra y sexólogo John Money lideraba en la clínica de la Universidad Johns Hopkins, en Baltimore. Según este equipo era necesario –en realidad, imprescindible- transformar a David en una niña. Transformar quirúrgicamente su cuerpo, quitando sus testículos; feminizarlo hormonalmente; *resocializarlo* (David, entonces un Bruce de casi dos años), cambiando su nombre, sepultando su historia bajo el trabajo activo de un secreto familiar enarbolado como condición de posibilidad de la cordura y la vida.

El entusiasmo del equipo de la Johns Hopkins era evidente: por primera vez existía la posibilidad de comprobar, a través de un *experimento* viviente, aquello que la filosofía del construccionismo radical y las ciencias biomédicas venían repitiendo desde hacía años en Norteamérica: la absoluta prioridad de la socialización sobre cualquier mandato genérico que la naturaleza pareciera imponer sobre el cuerpo sexuado. El *experimento* contaba con dos ventajas soñadas: se trataba de un niño “normal” hasta el desgraciado accidente que lo privara de su pene, y contaba con un hermano gemelo, cuya socialización masculina serviría de contraprueba. Durante los años que siguieron Bruce (cuyo nombre había sido cambiado por aquel entonces a Brenda) y Brian Reimer fueron sometidos a innumerables evaluaciones y revisiones; sus actitudes genéricas fueron observadas y tabuladas; los *logros* de Brenda Reimer en pos de la feminidad designada y establecida como su destino fueron comentados y celebrados en sitios tan diversos (y tan próximos) como la virulenta arena endocrinológica, la reinante urología pediátrica, la emergente

sexología y el gozoso feminismo constructivista. Su cuerpo cambió –hormonal y quirúrgicamente, como estaba previsto; su identidad cambió, hasta transformarse en la de una niña destinada a crecer y transformarse en una mujer a salvo del *horror* de ser un hombre sin pene (es decir, de *no-ser*). El concepto de género había logrado así una carnadura experiencial, capaz de sostener empíricamente tanto el divorcio definitivo entre naturaleza y cultura como el *telos* positivista de una infinita maleabilidad del cuerpo bajo la intervención benéfica de la técnica.

A los 14 años de edad, sin embargo, Brenda Reimer decidió discontinuar sus visitas a la clínica de la Johns Hopkins; simplemente (horrorosamente) su femineidad no *encajaba* en su propia percepción de sí, explícitamente masculina. El secreto familiar de los Reimer comenzó a resquebrajarse y, tras escuchar por primera vez su historia relatada por boca de su padre, Brenda Reimer decidió regresar en la adolescencia a una vida que parecía a la vez imperativa e imposible¹. Adoptó entonces el nombre de David, bajo el que vivió, trabajó, se casó y crió hijos, hasta que decidiera suicidarse a los 38 años, muerto, finalmente, como un extraño, como un extraño que sostenía anónimamente, en su carne, una de las pesadillas fundacionales de nuestra cultura.

II

Hablar *como* personas intersex y *de* intersexualidad aparece aún hoy como un ejercicio de articulación dificultosa, y hasta por momentos inverosímil. Nos alejamos en el tiempo, es cierto, de las fantásticas criaturas que asombraban, fascinaban y aterraban con su corporalidad genéricamente *incongruente* a los públicos ilustrados y victorianos.² Y sin embargo, formamos parte integral de aquella misma estirpe de seres cuya conjugación en los campos imbricados y tensos de la lengua y la ley es puesta en jaque, una y otra vez, por la irreductibilidad pertinaz de nuestra carne a *un* cuerpo constituido en la diferencia sexual binaria.³ Mucho de la fantasía afiebrada y morbosa todavía persiste, en la exhibición contemporánea de la intersexualidad como protagonista fugaz del interés mediático en el exotismo de las diferencias y los márgenes. No obstante, el sitio privilegiado reservado a nuestra existencia, a la existencia de la intersexualidad en nosotr*s, es el silencio⁴.

No cualquier silencio, sin embargo.

Sometid*s desde nuestra primera niñez a tratamientos quirúrgicos y hormonales que buscan afanosamente inscribir nuestra carne en la sexuación binaria de los cuerpos de la ley y la lengua, la economía sociomédica de "normalización" corporal hace del silencio el centro punzante de su estrategia mutiladora. Se silencia la diferencia, la anomalía, la *malformación*; el chirrido de la ambigüedad, de la indefinición, del mas allá de la norma; se silencia lo que aparece como genéricamente inarticulable para que su articulación sea posible, para que sea posible en el Género y los (dos) géneros, masculino o femenino –cada cual definido a partir de un *standard* corporal mas allá del cual la carne intersex desafía la capacidad de predicación genérica.⁵ Sin embargo, la *entrada* que las intervenciones de "normalización" genital

parece asegurarnos en el género, como condición de posibilidad de la subjetividad, tiene como precio la instalación una y doble del silencio y del daño en el cuerpo intersex, irremisiblemente mutilado. La insensibilidad campea en la carne, entonces, allí donde el bisturí la arrasa.

La emergencia del activismo intersex a comienzos de la década de 1990 ha estado íntimamente ligada, sin duda, a la emergencia misma de voces intersex capaces de desafiar, en el desgarramiento incesante de autobiografías militantes, la sutura silenciosa del género como naturaleza en la lengua; capaces de traer a la luz, desde las sombras del silencio, la vergüenza y el secreto, la producción incesante de monstruos –allí donde la diferencia *monstruosa* intenta ser aniquilada, una y otra vez, por el humanismo monstruoso de cierta bioética.⁶ Pero esta *visibilidad* que la escritura intersex proyecta sobre los culturalmente silenciados de nuestra experiencia no deja de arrojar, en cada gesto narrativo, una doble evidencia anudada. Primera evidencia: la intersexualidad puede ser pensada –tal y como propone Robert Crouch- como un *status liminar*, un sitio de humanidad –aún- no predicable⁷.

Porque nuestra carne fracasa en cumplir la ley del Género como binario es que la humanidad se nos inscribe a través de tecnologías sociomédicas de *humanización* –inscripción, entonces, de la carne en el orden de los cuerpos, inscripción en el género que es, a la vez, *borramiento* de lo que late, excede y *asedia* las fronteras tranquilizadoras de lo *naturalmente* femenino y masculino. Segunda evidencia: lejos de reparar accidentes y “malformaciones” sin fortuna, el despliegue sociomédico de tecnologías “normalizadoras” del cuerpo y la historia de vida inscriben en el centro de nuestra experiencia subjetiva –en el centro de aquello que será, para nosotr*s, nuestra subjetividad- la intervención en la carne brutalmente corporalizada como forma del daño –daño que palpita, que va con nosotr*s adonde vayamos, daño que nos habita como silencio y como desgarró, daño que nos *hace* en la palabra y en el llanto, daño que, está visto, no sólo *crea* diferencia, sino también nos mata. En nuestra cultura nadie *nace* intersex. Brutalmente *se llega* a serlo.

El imaginario médico que marcó la vida y la muerte de David Reimer *trabaja* entre nosotr*s, sin embargo, con una frecuencia y una intensidad escasamente contestadas. Situado a la vez en el origen de nuestra caja de herramientas de conceptos y estrategias y más allá de las fronteras de lo teórica y políticamente interpelable, la medicalización y mutilación de las vidas intersex permanece en el exterior de la mayor parte de las agendas de los feminismos, los movimientos afirmativos en términos de ciudadanías sexuadas, los activismos de minorías sexuales y de género y aún de aquellos que demandan el cumplimiento efectivo de *derechos humanos*.⁸ La intersexualidad permanece, en su asedio continuo a la inteligibilidad genéricosexual de la cultura, en las sombras constituyentes de la diferencia sexual binaria como modo de ser y representación de los cuerpos. El arrasamiento sociomédico de nuestra carne y nuestra experiencia continúa, en la visibilidad nula de las maternidades, salas de espera y quirófanos, en los secretos guardados de familia a familia, en los libros de medicina a cuyas páginas poc*s teoric*s y activistas se atreven; y continúa fundando el orden heterosexista, homofóbico y misógino, en las fronteras mismas de lo que hace, de cada un* de nosotr*s, hombres y mujeres

corporalmente inteligibles⁹.

III

En la experiencia intersex de la subjetividad hay una convivencia histórica con el tráfico incesante y constitutivo entre *seres* y *cosas*; la historia de David Reimer, codificada en mor de la anonimidad bajo el nombre de *caso John/Joan* muestra desde la *extrañeza* de su ocurrencia el continuo cosificarse de nuestros *casos*.¹⁰ La *cosificación* se hace cuerpo, extendiéndose a nuestro alrededor –y a nuestro través– como una mancha de aceite de espesor ontológico; tratad*s como *cosas* técnicamente manipulables y transformables genéricamente en *seres*, el mundo prescrito por ese mismo tratamiento vela para tod*s la contingencia absurda del cuerpo-en-la-naturaleza; confiadamente *vemos, reconocemos* y *sentimos* cuerpos mediados por la técnica, cumpliendo a pie juntillas la prescripción que nos hace a un*s malformaciones “corregidas” y a otr*s hombres y mujeres *naturalmente dad*s*. Se enuncia el género en la lengua, desplegándose en las palabras como un lienzo sin desgarros ni costuras; se administra al género y a sus (dos) cuerpos en la ley, como a una *cosa* más, entre otras cosas, dada desde siempre, y simplemente –y técnicamente– *revelada*. No hay activismo posible sin puesta bajo interrogación radical del cierre binario de lo que existe, de los relatos fundantes que naturalizan ese cierre como *ser natural* de los cuerpos, sin la puja persistente de la palabra intersexuada contra las suturas que hacen y a la vez constriñen los límites éticos de esos relatos.

La tristeza de la escritura en este texto sombrío no es solamente la de un inabarcable memorial de agravios. No es solamente, tampoco, la tristeza del cansancio, del trajinar de todos días en la extrañeza genérica de una lengua que nos es la vez propia y extraña. Mucho menos se trata, solamente, del inventario a menudo aplastante, de lo hecho y por hacer; del recorrido minucioso, siempre incompleto y siempre interminable, del Género y sus costuras, de nuestros cuerpos y de las suyas. A contrapelo de muchas demandas de justicia sostenidas en el presente y para el futuro, nuestro modo del decir teórico y político intersex es declaradamente anamnético¹¹: queremos transformar radicalmente, es cierto, los modos éticos y políticos de concebir la corporalidad sexuada. Pero también queremos y necesitamos recordar, y que las transformaciones y la justicia alcancen también, en su cumplimiento, al territorio extraño y desolado de nuestros muert*s.

Mauro Cabral y Ariel Rojman,
Córdoba, mayo-junio de 2004

Notas

¹ El *fracaso* del experimento Reimer no fue reconocido por John Money y sus colaboradores hasta muchos años después; lejos de reconocer posibles problemas inherentes de la empresa, dicho *fracaso* ha sido y es atribuido a errores de la familia de David; el paradigma médico que establece la necesidad de “normalizar” el cuerpo para que la socialización de género encuentre un *ancla* corporal que la vuelva congruente y creíble permanece vigente hasta nuestros días. Los relatos de ex pacientes intervenid*s y de las consecuencias físicas y emocionales de esas

intervenciones, así como los relatos de quienes no fueron intervenid*s y sin embargo viven vidas (incluyendo vidas sexuales) saludables no son considerados en la literatura biomédica dominante.

² Véase, por ejemplo, la fascinante reconstrucción histórica emprendida por Alice Dreger en *Hermaphrodites and the medical invention of sex*. Harvard University Press, USA, 1998.

³ Lugar que compartimos, por supuesto, con otras identidades *imposibles*, como las contenidas en el interior múltiple y diverso de la campana *transgenérica*, tales como (pero no excluyentemente) la transexualidad y el travestismo.

⁴ La definición de intersexualidad que utilizamos tanto en este texto como en nuestra práctica habitual como teóricos y activistas políticos intersex se separa de las connotaciones puramente diagnósticas de su empleo biomédico, para ser enunciada desde una posición eminentemente *subjetiva*. De este modo, llamamos intersexualidad al conjunto de situaciones en las que la bioanatomía de una persona –y, en particular, su aparato sexual-reproductivo- no conforma los *standards* culturalmente vigentes de corporalidad femenina o masculina (*standards* que actúan, es preciso recordarlo, como ideales de enorme eficacia regulativa). Esta no-conformidad corporal (no-conformidad entre carne y cuerpo genéricamente sexuado, podríamos decir) puede adoptar formas diversas (clítoris “demasiado” grandes, penes “demasiado” pequeños, ausencia de vagina, órganos “malformados” etc) que no necesariamente comprometen la asignación de un género al nacer, sino que marcan una diferencia dada respecto de un *standard* asociado con la diferencia sexual como naturaleza binaria. *Caer fuera del standard* corporal de la feminidad o la masculinidad ha implicado para much*s de nosotr*s, e implica también en el presente para much*s otr*s niñ*s intersex el sometimiento a tratamientos de “normalización” corporal, a través de intervenciones quirúrgico-hormonales y sociales (como reasignaciones de género, cambios de nombre, etc), realizados en la primera infancia, sin el consentimiento de la persona intersex en cuestión, y muy frecuentemente mantenidos en secreto hasta la adultez. Como personas intersex sometidas en su niñez y adolescencia a estos tratamientos –que denunciamos como **mutilación genital infantil intersex**- incorporamos decisivamente la experiencia del daño como parte central de la definición de intersexualidad, cuando intersex se enuncia en primera persona, cuando nuestro nombre es intersex.

⁵ Indudablemente, nuestra posición es deudora de las lecturas antiesencialistas del binomio sexo/género emprendidas, entre otras, por Judith Butler. De acuerdo a esta perspectiva consideramos al sexo como genéricamente conformado a través de matrices de subjetivación. El género, lejos de ser la mera realización social del sexo, aparece aquí en su plena dimensión constituyente y regulativa y, escrito en mayúsculas, como Género, nombra a uno de los modos de la Ley.

⁶ Véanse, por ejemplo, la compilación realizada por Alice Dreger *Intersex in the Age of Ethics*, University Publishing Groups, USA, 1999. También el sitio web de la Sociedad Intersex de Norte América (ISNA), www.isna.org

⁷ Robert Crouch desarrolla su teorización de la intersexualidad como *status liminar* en su artículo “Betwixt and Between: the past and future of intersexuality”, publicado en la compilación de Alice Dreger anteriormente citada.

⁸ Véase, por ejemplo la compilación de textos de Alda Facio y Lorena Fries *Sexo y Género*, LOM, Santiago de Chile, 2000.

⁹ El manejo sociomédico de la intersexualidad tiene tanto rasgos fuertemente misóginos (quien fracase en conformar el *standard* de masculinidad debe ser transformad* en mujer... siendo que el único *standard* fundamental de la feminidad parece ser el de la penetrabilidad). La evaluación de los genitales en términos de su capacidad para funcionar en el contexto de relaciones sexuales heterosexuales penetrativas tiene su correlato en la homofobia explícita de dicho manejo médico: una de las principales razones para intervenir quirúrgicamente a niñ*s intersex es que la no intervención podría derivar inevitablemente en homosexualidad (un niño con micro pene podría resultar gay; una niña con un clítoris mayor a la media, lesbiana, etc). Véase fundamentalmente el libro de Suzanne Kessler *Lessons from the Intersexed*, Rutgers University Press, 1998.

¹⁰ Véase el texto de John Colapinto *As Nature Made Him. The boy who was raised as a girl*. HarperCollins, USA, 2000.

¹¹ Esta relación entre memoria y justicia, así como la postulación de una demanda de justicia que abarque no sólo a quienes viven sino también a quienes han muerto es deudora de una tradición que, desde Walter Benjamin a Reyes Mate llama a la formación de una ética

histórica capaz de dar cuenta del *estado de excepción* permanente que define a las víctimas. Véase, por ejemplo, de Reyes Mate “La justicia de las víctimas”, publicado por la revista *Pensamiento de los Confines*, Buenos Aires, 2003.

Nota de los autores

¿Cómo eludir en la lengua el imperativo binario del género? ¿Cómo introducir, de algún modo, lo que excede, aún desde el interior, el cierre normativo del género? En este texto hemos apelado a un recurso que creemos, aún en su imperfección, capaz de introducir al menos una cuña en el cierre del género en femenino o masculino. Es en este sentido que utilizamos el signo * para nombrar personas cuya carnalidad, corporalidad, identidad y/o expresión de género sin reducirlas a un supuesto saber de la otredad genéricamente normado.

Sin embargo, la utilización del signo * ha respetado, por supuesto, la identidad de género como posición subjetiva, allí donde esta se manifiesta -es decir, donde la predicación del género es autorizada por la propia persona de quien se predica. Ni el empleo del signo * ni el reconocimiento del género como subjetividad comprometen orden de necesidad alguno en términos de congruencia carnal, corporal, generica y/o expresiva -es decir, la diferencia entre la utilización del signo * y la del género binario no responde a ningún ordenamiento diferencial de sujetos en los términos mencionados.

Sobre los autores

Mauro Cabral y Ariel Rojman son escritores; ambos comparten tanto indagaciones filosóficas e históricas en torno a cuestiones de corporalidad, humanidad, ciudadanía y lenguaje como trabajo activista en el movimiento intersex. E-mail: mauroicabral@yahoo.es